

jura a tantos y a cuantos,  
renegando entre dientes  
al don de «sepan cuántos»,  
y el decir de las gentes  
sintiendo más que el golpe del corbacho<sup>103</sup>  
gritaba ufano a yentes y a vinientes:  
«no ejtar el jembra yo, mí ejtar el macho» [...]

Conforme nos adentramos en el siglo xx, la sátira contra los homosexuales disminuye, aunque no desaparece completamente. La liberalización de las costumbres, el progreso tecnológico —que ha flexibilizado los deberes reproductivos— y la pérdida de influencia de la religión en la sociedad —al menos, en la occidental—, favorecen la aceptación de esta otra forma de amar, que ya no se entiende como una amenaza para la supervivencia del grupo. Así lo demuestra José Agustín Goytisolo en el epigrama «Todos somos normales»:

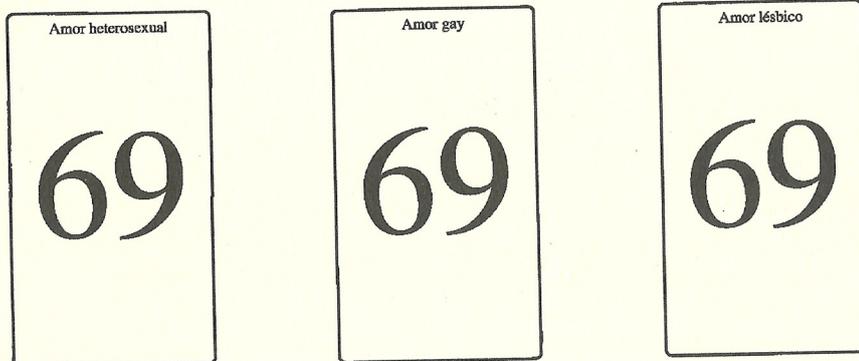
Es cierto que hay parejas que pelean entre ellas  
incluidos los gays y también las lesbianas.  
No quiero que a esos grupos les llames anormales  
porque son tan normales como tú o como yo.

Sin embargo, suyo es también este otro, «No alcanzarás su arte»:

Crees que porque enculas a cualquier muchachito  
alcanzarás el arte de Jaime Gil de Biedma.  
Él era homosexual y altísimo poeta  
y tú un escritorzuelo y un triste maricón.

Si queremos indultar el primer y último alejandrino, tan hirientes y ásperos, debemos reivindicar el tercero. El poema se comprende entonces como un canto a la amistad —que contiene la aceptación de las preferencias sexuales del amigo—, antes que como un burdo ataque a la homosexualidad.

Por su parte, Juan López-Carrillo abunda en la idea de normalidad y propone una inteligente serie de poemas visuales:



103. Vergajo, látigo.